

fuerzas para insultarla a cada rato y hasta para maltratarla de hecho si así se le antojaba. Y sobre esto la suegra, ¡Santo Dios! que no la podía ver ni pintada en la pared, porque creía que su hijo había descendido desde el trono del Altísimo al profundo abismo en donde Ramona había nacido, para casarse con ella. ¡A saber las malas mañas de que se había valido la tal por cual para engatusar a su muchacho! Siempre le estaba sacando los ojos con su otra nuera. Esa sí era toda una señora, de la misma clase de ellos, si no es que un poquitín más elevada.

Y esta vida de trabajo y tormentos, añadida a cierta irritación nerviosa debida a sus muchos alumbramientos, habían terminado por agriar su carácter. Le costaba ya hablar con dulzura a los niños: los amenazaba a gritos por naderías y sin motivo les sacudía el polvo. Los mayores le tomaron por ello cierta inquina, se declararon sus enemigos y cuando los castigaba, la amenazaban con irse a vivir donde la abuela. Tiraban para allá porque era mujer de buen pasar. Allí nunca tenían hambre, y su tía, la nuera, señora a quien Dios no diera hijos, los mimaba. Esto ponía fuera de sí a Ramona.

¡Ay!, aquella vieja bandida y aquella otra inútilona con nueve años ya de casada sin saber lo qué era echar un hijo al mundo. ¡Eso sí podía, jalar los ajenos!

Cada hora de almuerzo y de comida era una borrasca: el hombre vociferaba, ella lloraba y el histerismo la convulsionaba, los pequeños gritaban y huían como pollitos perseguidos.

El la había despedido muchas veces:

—Anda, vete; anda, vete de aquí. No haces falta. Los chiquillos estarán mejor con mi mamá y con Lola que con vos. Aquí no haces falta.

Por fin un día no pudo más.

—Sí, sí, valía más separarse. ¡Eso no era vida y el mal ejemplo para los chiquillos! ¡Qué se los llevaran, que la dejaran sola! ¡Ella sabía trabajar, se concertaría!

Y se fué al solar a dar gritos. Los niños la miraban con terror y ni Pedrillo, que era el más apegado, ni Juancito, el menor, que siempre andaba colgando de ella como un arete, quisieron acercársele y la contemplaban de lejos lo mismo que a una extraña.

Cuando se calmó volvió a la casa y encontró todo revuelto. El marido estaba cargando en un carretón lo más pesado: la mesa, el armario, las cuatro sillas, las camas de los niños, la cama de matrimonio. ¡La cama en donde nacieron sus diez hijos!

¡Dichosos los dos muertos! ¡De las que se habían librado! ¡Dichosos de ellos!

Las cosas menudas las llevaban los niños. Se asomó a la puerta a verlos partir. Ninguno le dijo adiós. Iban uno tras otro; parecía un caminito de hormigas: unos con los cuadros de los santos, otros con motetes en la cabeza. Hasta Juancito llevaba algo: el candelero de hojalata, con un cabo de candela todavía pegado. La candela que la noche anterior había alumbrado la última vigilia al lado de sus chacalincillos.

Caminaban despacio por la carga y porque Juan —de la mano de María, la mayor de las mujeres, — no podía marchar aprisa.

La cabecita rojiza de Pedro iba al frente de la tropa y oscilaba semejante a una llama que fuera alumbrándoles el camino.

—¡Pedro, Pedrito!—gritó Ramona.

Pedro se detuvo y quiso volverse, pero Nicolás, el mayor, le metió un pellizco y el chiquillo emprendió carrera y desapareció.

—¡Nicolás, Nicolás!—llamó la madre. El muchacho ni siquiera volvió la cabeza y cruzó con paso rápido la calle, porque ya le preocupaban las apariencias y no quería que la gente lo viera

### Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

*El costo del certificado*, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

a la cabeza de la procesión de mocosos. —¡Juancito! ¡Juancito! ¡Mi muchachito!

El chiquitillo comenzó a llorar con voz lastimera y no quería caminar, María lo llevó de rastras y hasta que cruzaron, Ramona entrevió la sucia carita vuelta hacia ella.

Con las manos en la cabeza entró. El marido salía con los últimos trebejos.

Le dijo irónico:—Te dejo lo que llevaste el día en que nos casamos.

La casa estaba vacía. Ella nada había llevado consigo el día que se casaron.

¡Era tan pobre! A no ser que su juventud y su frescura que habían quedado enredadas en los abrojos del camino.

.....  
Anochece. Las piezas se llenaban de silencio y de sombra.

Ramona se metió en la cocina y se dejó caer en una piedra abandonada en un rincón. Lo único vivo en torno suyo era una brasa que había quedado entre las cenizas del hogar. Y la mirada de la pobre mujer se agarró ansiosa de aquella luz mortecina y su corazón se tendió, como un animal herido por el frío, hacia el pedacillo de calor que brillaba en la oscuridad.

En su cabeza giraba un torbellino. Ella era un árbol, el viento había desprendido todas sus hojas y éstas daban vertiginosas en torno suyo. Los dientes castañeteaban.

¡Qué frío hacía, Señor mío Jesucristo!

En alguna parte, ¿dónde?, un desfile de cabezas infantiles...

Una tenía el cabello rojo y parecía un fogoncito. Esa era la que estaba allí cerca de ella, entre la ceniza.

En el silencio, ocho pares de piescitos golpeaban al caminar sobre el empedrado.

Pero el empedrado ¿no estaba dentro de ella, en el corazón?

La brasa acabó por extinguirse entre la ceniza.

CARMEN LIRA

1923.

*Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.*

### El Convivio

y las otras ediciones del señor García Monge, se hallan depositadas en la Librería de los señores SAUTER & Co.

Más ejemplares de la nueva obra

### POR EL ATAJO...

del famoso poeta colombiano

LUIS C. LOPEZ

hemos recibido para la venta.

Precio del ejemplar: ₡ 5-00.